

EL MUNDO POSTSOVIÉTICO

por el Académico de Número
EXCMO. SR. D. JESÚS FUEYO ÁLVAREZ*

INTRODUCCIÓN

La desaparición, incluso en el plano formal constitucional de la URSS, de su entidad como Estado y superpotencia, la dislocación de su potencial armado y del orden de su vasto imperio, así como de la ideología comunista con vocación de revolución mundial de que era portadora, marcan sin duda el fin de una época de la política mundial y de la historia moderna, y abren como situación mundial un proceso radicalmente nuevo en cuanto a sus supuestos y a sus perspectivas de desarrollo. Este desenlace y esta apertura, suponen un giro de tal magnitud, que la dificultad mayor para su recapitulación y su reflexión, es la inercia mental que lleva a discurrir con categorías arrumbadas por los acontecimientos y a vislumbrar las nuevas realidades sin meditar lo radical de su novedad. Todas las dimensiones de la política global —el espacio mundial de la tensión, el equilibrio geoestratégico, el proceso de rearme, el sistema de alianzas, los planteamientos ideológicos, la proyección sobre la economía de las exigencias de la pugna política, el sentido de la carrera tecnológica y tantos aspectos más, han quedado más que alterados, dislocados por la enorme conmoción política del desplome de la URSS. El reajuste de las posiciones de los Estados, de las concepciones políticas y de las corrientes de opinión, el reconocimiento de los nuevos valores y la cristalización de los diferentes intereses en el nuevo escenario político y económico, parecen como en suspensión, y todos los análisis, incluso los de mayor autoridad y los más calificados, se formulan a plazo inmediato y con reserva de la mayor provisionalidad. La misma aceleración de los acontecimientos que apenas en tres años han transformado por completo el panorama mundial, no invita precisamente a intentar prospectivas a partir

* Sesión del día 24 de marzo de 1992.

de los datos actuales que pueden ser desbordadas inmediatamente por los hechos. Por poner un solo ejemplo, el contencioso entre Rusia y Ucrania por la flota del Mar Negro, los misiles nucleares tácticos y la base naval de Sebastopol que de ser retenida por Ucrania privaría otra vez a Rusia de salida a los mares cálidos, está cargada de incalculables tensiones.

Una sensación de vacío, parece haber seguido al derrumbamiento del esquema bipolar que a lo largo casi de medio siglo ha servido de marco de reflexión a cuanto acontecía y de orientación lógica, a partir del antagonismo básico que servía de eje de proyección, para la reflexión sobre el curso del acontecer. A lo largo de varias décadas en el curso del atormentado siglo XX, la lógica del conflicto permitía predeterminar los comportamientos de los distintos protagonismos de la realidad política mundial, pero, a partir del desplome, por lo demás súbito y precipitado, del mundo comunista, se aprecia una verdadera oclusión de la inteligencia analítica y una suspensión de la mentalidad ideológica, que ponen entre paréntesis la comprensión del panorama actual de situaciones, procesos y actitudes, y esto a todos los niveles, a nivel de los Estados, de los partidos políticos, de las corrientes de opinión y hasta del mismo pensamiento de los expertos. A la sensación de respiro y de alborozo por la caída del comunismo, que ha amenazado desde 1917 las libertades y el bienestar del mundo occidental, ha seguido una sensación de perplejidad y hasta de inquietud en los gobernantes y en los centros de formación de opinión, por las secuelas del cataclismo y por la crisis institucional y programática que, en estas circunstancias, lleva consigo la estabilización de un nuevo orden. El mundo del postcomunismo, se abre, en todos planos, a primera vista, hacia un gran interregno, que hace pensar en las palabras del Príncipe de Metternich en 1815 «La vieja Europa se acaba y la nueva está por nacer; en medio queda el caos». Sin que haya que incurrir, de necesidad en el pesimismo, el análisis sistemático impone medir, en primer lugar, el alcance de la dislocación del «statu quo» dimanante de 1945 y, sobre ese panorama, tratar de encontrar los perfiles de la nueva orientación de los procesos en curso.

LA DISLOCACIÓN DEL ORDEN DE LA POSTGUERRA

Con la liquidación de la URSS y la desintegración del sistema de poder comunista, puede decirse que se ha puesto fin al esquema polémico del orden implantado a lo largo de la guerra fría y que siguió de hecho al desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Esta supuso una simplificación drástica del sistema de grandes potencias y una formación de dos grandes bloques que entraron pronto en una dinámica polémica: el llamado «mundo libre» y el «mundo comunista». A lo largo de más de cuarenta años estas dos grandes esferas integradas de poder y de potencial armado, se han disputado el dominio del mundo a riesgo incluso de la destrucción del planeta, por la proliferación ilimitada y el alcance global del arma atómica. La fantástica aventura de Mihail Gorbachov al frente de la Unión Soviética, recogiendo la herencia de Lenin, Stalin y sus

sucesores, ha concluido con el orden y la estructura de poder de la URSS, con el poderoso PCUS guía desde 1917 de todos los partidos comunistas del mundo y depositario del mensaje ideológico de la revolución mundial y de la estrategia global para la implantación de un orden mundial comunista, y con el último gran Imperio europeo implantado por los Zares sobre la geografía eslava y asiática, y ampliado, posteriormente, hacia Occidente por la explotación por Stalin de la victoria en la gran conflagración mundial de 1939-1945. Con ello se produce un desmantelamiento del equilibrio mundial del terror y del sistema de alineaciones de los Estados a uno y otro lado del llamado telón de acero, que marcaba simbólicamente la división y la oposición de dos mundos.

Es cierto que brilla en solitario la superpotencia de los Estados Unidos y subsiste la organización político-militar aliada de la OTAN, pero su realidad intrínseca, por debajo de ese nominalismo, se descubre como algo enteramente diferente. El liderazgo de los Estados Unidos al frente del mundo libre fundado sobre el principio de autoridad que lleva consigo la protección, parece haber perdido esencialmente su razón de fin, una vez que el enemigo que reclamaba la protección frente a su amenaza latente, ha desaparecido. Los Estados Unidos pueden aspirar a ejercer un arbitraje mundial para salvaguardar la paz en el mundo, pero la institucionalización de este nuevo orden, está en sus primeros pasos y tropieza con dificultades teóricas y prácticas de todo orden. La gran Alianza —la Organización del Tratado del Atlántico Norte— que aparece como algo arcaico a la altura del tiempo como demuestra su misma denominación, se considera un instrumento esencial de seguridad pero —como se ha puesto de manifiesto en la última cumbre de Roma, en la que el Presidente Bush llegó a plantear la posibilidad de la retirada de las fuerzas norteamericanas de Europa— no encuentra una definición clara de su razón de ser y de sus objetivos esenciales. Las tendencias aislacionistas norteamericanas, la construcción europea y el resurgir de los nacionalismos, el vacío estratégico de la Europa oriental y del Este, la incógnita de la gran Rusia y del mundo eslavo, los procesos críticos de la economía y la penuria en muchos pueblos, la reactivación de las pulsiones agresiva de nacionalismos y «etnias» —como pone de manifiesto la explosión de Yugoslavia— han perturbado considerablemente la eficacia funcional de la alianza institucionalizada en la OTAN y perturbado seriamente la realidad que hemos venido llamando «mundo occidental». Finalmente la idea puesta en circulación de que Rusia pueda pedir el ingreso en la propia OTAN pone de manifiesto la definitiva superación del sistema de alianzas y de la estructura bipolar en su conjunto. El mundo postsoviético es un universo político enteramente nuevo.

El profundo antagonismo ideológico del siglo XX definido esencialmente por el enfrentamiento radical de las concepciones democráticas y las totalitarias, se ha diluido casi por completo con la desintegración doctrinal del marxismo-leninismo, la escolástica oficial que sobre la base del materialismo histórico-dialéctico, ha constituido en el torso del siglo el canon dogmático del comunismo mundial. Pero este acontecimiento de trascendental alcance, dista mucho de ser exclusivamente un suceso intrínseco de la realidad exhausta del comunismo y se muestra más cada día que pasa, como un foco

de irradiación de perturbaciones para la coherencia ideológica de las diferentes tendencias del espectro político occidental. En lo que toca a lo que vaga y genéricamente se llama la «izquierda» —desde el liberalismo radical crítico al anarquismo terrorista pasando por todas las formas de socialismo, la incidencia ha sido estructural obligando, a un replanteamiento de principio, a la búsqueda de una «nueva izquierda» cuyas posibilidades y alcances son impresivibles. El viejo y ciclópedo arsenal crítico y la rampa de lanzamiento revolucionaria levantadas por Marx ante la revolución industrial del pasado siglo han pasado a formar un capítulo cerrado de la historia de las ideas políticas y sociales, y el más poderoso instrumento crítico del capitalismo parece definitivamente embotado por uno de los fracasos ideológicos más estrepitosos de que haya memoria histórica. Pero ha de tenerse en cuenta que esta crítica marxista, fundamentalmente desde los años treinta, a través de la conjunción del antifascismo, y desde la postguerra por la sólida hegemonía de la URSS y de su aparato de difusión ideológica, ha sido, en la mayor medida, el faro iluminador directo o indirecto de la mentalidad de izquierdas y la reserva sistemática de la crítica de la sociedad capitalista. De momento, no obstante, la impresionante realidad de miseria y de injusticia, de marginación y de caos que se enseorea sobre enormes áreas de la geografía terrestre y de sus extensas islas urbanas que constituyen la lacra del mundo occidental, lo cierto es que la izquierda, sobre todo en su ensoñación revolucionaria de una transformación radical del mundo, se ha quedado sin una proclama sistemática de protesta. Sin duda esta es una situación forzosamente transitoria, pero la función crítica que ha desempeñado un sistema de pensamiento social tan ajustado a los corolarios de procesos filosóficos y científicos de gran altura y proyectado categorialmente sobre la dinámica de las grandes transformaciones económicas y sociales, será difícil que encuentre en mucho tiempo sustitución adecuada por un sistema de similar potencialidad crítica y de capacidad de emulsión revolucionaria.

Desde el punto de vista teórico nos parece, en este sentido, singularmente difícil la situación en que han quedado los planteamientos programáticos de los diferentes socialismos democráticos, algunos de ellos en el poder, en la Europa occidental. Desde que ya en vida de Marx se abriera una deriva del socialismo revolucionario hacia la socialdemocracia que culminó tras el fracaso de la revolución europea al quedar bloqueado el comunismo en un solo país según la fórmula de repliegue táctico de Stalin, el socialismo democrático se ha orientado hacia posiciones de gran alcance reformista en el plano de las relaciones de vida y en el orden de la cultura y de la educación, pero aceptando, cada vez con menos reservas, el esquema básico del mercado corregido por estrategias más o menos moderadas de intervencionismo y planificación. La socialdemocracia y las demás versiones europeas de socialismo democrático y sindical, han despegado de los planteamientos revolucionarios del marxismo, pero han conservado con o sin referencias explícitas, al marxismo, como instrumento crítico de la sociedad capitalista y como base de justificación de su intento sistemático de corrección y hasta de control del mercado. Y no sólo esto. Quizá lo más importante del fenómeno marxista, el más importante vehículo de propagación de ideas del siglo XX, haya sido su profunda penetración en la mentalidad

cultural y en las ciencias de la sociedad y del hombre, en donde un marxismo difuso se ha implantado y extendido en la teoría, los métodos, la terminología y los contenidos, hasta cristalizar en una mentalidad y en un talante que están como flotante en el ambiente y se proyectan en tópicos de opinión. Pero el hundimiento espectacular en el caos y en la regresión del llamado «socialismo real» del mundo soviético, arrastra consigo la vigencia de la crítica marxista de la sociedad capitalista, puesto que ésta a través de su constante autocorrección ha logrado eludir el desplome inmanente que la ortodoxia marxista profetizaba. Los conceptos críticos fundamentales de la crítica marxista como el de plusvalía, la acumulación del capital, la teoría cíclica de las crisis, la proletarianización, etc., han caído hoy en el descrédito y aunque la expansión y el desarrollo del capitalismo siguen generando problemas en todos los planos, el sistema ha demostrado su enorme capacidad de ajuste y superación, frente a los fracasos notorios de los costosos experimentos socialistas, como el del «Welfare State» de la postguerra o el socialismo fiscal sueco que acaba de abandonarse.

La socialdemocracia y todas las demás formas de socialismo democrático atraviesan hoy una manifiesta crisis de identidad, tanto en el plano de su planteamiento del orden mundial, como en la búsqueda de una concepción peculiar de la sociedad, del sistema de derechos y libertades y del sentido de la acción del Estado. Cada vez les es más difícil diferenciar sus programas del de los partidos de corte liberal-conservador y actualizar su concepción del hombre y del mundo, a las condiciones de una sociedad desproletarianizada en la que se ha difuminado el sujeto revolucionario en grupúsculos marginales ácratas y en la que las tendencias al cambio que antes eran integradas ideológicamente por la mentalidad progresista de los socialismos, son ahora absorbidas por la propia dinámica de cambio de la sociedad de consumo. En todo caso lo que se hace patente cada día es que la sociedad postindustrial tiende a una dinámica libre y holgada de satisfacción de las necesidades, tanto en el nivel como en el género de vida y a esta exigencia la fórmula socialista en sus diferentes versiones, no da respuesta más que mediante programas cuya mimética respecto al capitalismo viene a ser el reconocimiento tácito del fracaso.

Así, lo inquietante en el ambiente y en las estructuras de las sociedades altamente desarrolladas, en este fin de siglo, es la falta de una alternativa estructural de cambio que de satisfacción a la dialéctica de la protesta. El capitalismo es alérgico a la ensoñación utópica y exige su «timing» frente a los problemas, pero por otra parte, los estímulos peculiares de los comportamientos económicos del sistema capitalista, es indudable que fomentan el pragmatismo y el materialismo y son proclives a una cultura de vida de tendencias hedonistas y hasta propicios a una concepción nihilista del sentido de la totalidad. De ahí la gran paradoja de la sociedad de opulencia y miseria, que constituye la civilización tecnológica a que hemos llegado tras dos milenios de cultura clásica y de religiosidad cristiana: la reducción e intensificación progresiva del área humana de alto grado de bienes y ocio, y la expansión y degradación crecientes de la geografía superpoblada de la miseria. Todo esto es, indudablemente, amenaza de nuevos conflictos que entenebrece la imagen idílica de una democracia universal.

La paradoja y hasta la ironía de la Historia parecen concluir en que el fracaso del marxismo, lejos de ser producto de haber dado con la panacea, viene a corroborar el malestar de una sociedad civilizada y la carencia de soluciones latente en el inmenso mundo del subdesarrollo. Tal es la problemática perspectiva de cara al Tercer Milenio. Pero es preciso contemplar el acaecer en su visión más inmediata y concreta, aunque, manifiestamente, estén los acontecimientos en curso.

LA DESAPARICIÓN DE LA URSS

Hace todavía, no más de un par de años, un titular de este tenor hubiera sido más bien propio de un ensayo-ficción de radical anticomunismo. La URSS era una potencia básica sólidamente fijada en el escenario mundial y sus transformaciones se entendían a largo plazo, y nadie parecía tener a la vista su final espectacular. Hubo, sin embargo, algunas, hoy reconocidas excepciones. Como tal ensayo-ficción pareció el opúsculo del joven poeta Andrei A. Amalrik, fallecido poco después precisamente en nuestro país, no mucho después de la publicación en 1970 de su opúsculo titulado *¿La Unión Soviética sobrevivirá en 1984?*. La URSS superó la fecha fatídica, pero no ha resistido muchos años más. El texto, en muchos de sus pasajes, es revelador, en verdad, del vate:

«La URSS tuvo la posibilidad, después de la Segunda Guerra Mundial, de crear en su frontera occidental una cadena de Estados neutrales incluyendo a Alemania, y asegurar por medio de ellos su seguridad en Europa. Tales Estados dotados de una especie de régimen “intermediario” como lo era, por ejemplo, el régimen checoslovaco antes de 1948, habrían constituido una especie de tapón entre el Oeste y la URSS y asegurada la estabilidad europea. Pero la URSS, siguiendo la política stalinista de expansión territorial y de reforzamiento de la tensión, ha ensanchado al máximo su esfera de influencia y creado de hecho una amenaza potencial para ella misma. En la medida en que tan sólo una presión constante de la Unión Soviética mantiene la situación actual sobre el Continente, cabe pensar que cambios considerables se producirán en Europa central y oriental, una vez que esta presión se debilite o sea reducida a la nada.

Con toda evidencia, una vez que resulte claro que el conflicto militar soviético-chino cobra un carácter de larga duración, una vez que la URSS desplace todas sus fuerzas hacia el Este y no puede defender sus intereses en Europa, Alemania se reunificará. Es difícil decir si esto se producirá por absorción de la Alemania del Este por la del Oeste, o bien si los dirigentes postulbritchianos de la RDA teniendo a la vista la situación real, elegirán la unificación voluntaria con la RFA para conservar una parte de sus privilegios. En todo caso, una Alemania reunificada con una orientación antisoviética bastante fuerte, creará una situación enteramente nueva en Europa» (Andrei Amalrik: *L'Union Soviétique survivra-t-elle en 1984?*, t. fr. Fayard, París, 1970, pág. 96). Ciertamente las cosas no han ocurrido engranadas de ese modo, pero han ocurrido. La descomposición ocurrida. La descomposición del «glacis» que constituía

el imperio staliniano en la Europa oriental, arrastró a la RDA y la reunificación de Alemania —el hecho de alcance político estructural en la configuración geopolítica de Europa— se ha producido de modo fulminante y sin la menor resistencia, no obstante suponer la liquidación de toda la estrategia soviética en Europa. Este solo hecho, que implica toda una mutación capital de la dinámica europea y que fue consentido a precio económico por Gorbachov, pone de manifiesto las dificultades insuperables y el proceso irreversible de descomposición en que la Unión Soviética había entrado a comienzos de los noventa. Amalrik, es cierto, fundamentaba todo su pronóstico en un conflicto militar chino-soviético catalizador de la dinámica de la situación interior al igual que ocurriera con las dos revoluciones anteriores de la Rusia histórica, la una en 1905, vinculada a la guerra con el Japón, la otra en 1917, consecuente a la derrota en la guerra contra Alemania. Así y todo su análisis del descontento interior y de la formación de la línea de resistencia social de tendencia democrática, resulta bastante afortunado, aunque estas fuerzas que han encontrado en la Rusia clásica el liderazgo del comunista converso Boris Yeltsin, todavía a estas alturas no parecen haberse consolidado en el sentido de dar una clara orientación política y económica al mundo ruso.

Pero quizá el punto en que el poeta Amalrik extrema su visión profética, es en la descomposición de la propia entidad de la URSS a la que veinte años después de la publicación de su obra, estamos asistiendo: «Pero es posible que la *clase media*—escribe— se muestre del todo insuficiente para conservar el poder. En ese caso la concesión de la independencia a los diversos pueblos soviéticos se producirá pacíficamente y se creará una especie de confederación al modo de la Commonwealth británica o la Comunidad Económica Europea... Es incluso posible que Ucrania, las repúblicas bálticas y la Rusia europea entren en tanto que entidades autónomas en una federación paneuropea.» Pero, en último término, de algo se muestra por completo seguro y en ello parece haber acertado de pleno: «No dudo —concluye— que el gran imperio de los eslavos de Oriente, creado por los germanos, los bizantinos y los mongoles, ha entrado en los últimos decenios de su existencia. Del mismo modo que la adopción del cristianismo aplazó la caída del imperio romano sin salvarle de un final inevitable, la doctrina marxista ha retardado el desmembramiento del imperio ruso —Tercera Roma— pero no tiene el poder de impedirlo» (ib., pág. 100).

En 1976, el soviólogo y durante mucho tiempo corresponsal del diario «*Le Monde*» en Moscú publicó su obra «*La chute finale. Essai sur la décomposition de la sphere soviétique*» (Laffont, París) en la que a partir de un análisis sociológico de las sociedades cerradas, denunciaba una profunda crisis del orden soviético en estos términos: «La crisis soviética no es la crisis del comunismo, es la crisis de un comunismo singular que tiene la desgracia de haber satisfecho demasiado bien sus ambiciones territoriales en el pasado. Si los dirigentes soviéticos llegan a superar sus instintos nacionalistas y la humillación que constituiría (o constituirá) la retirada de la Europa oriental y la liberación de las nacionalidades, la economía *rusa* podrá comprometerse en la vía de una reforma a la húngara. China que está aislada del mundo, que no tiene satélites, no se

encontrará nunca hundida en una crisis "a la soviética". Desgajada del mundo, puede si lo desea, ofrecerse mil años de comunismo.» (Este texto demuestra «avant la lettre» la manifiesta exageración de la tesis del «fin del comunismo», siendo así que queda intacta, a pesar de las perturbaciones, la mole inmensa de China, cercana a la cuarta parte de la población de la Tierra, pero es cierto que este comunismo está cerrado sobre sí y ha dejado de ser una ideología revolucionaria de exportación). Todd sostenía por entonces que era preciso acelerar la presión sobre la URSS, antes de que su descomposición hubiera avanzado demasiado, y estimaba que la Unión Soviética había dejado de ser ya por aquellos años la segunda potencia económica del mundo, al haber sido superada por el Japón. La modificación patente de la relación de fuerzas la expresada en estos términos: «Curiosamente la difuminación progresiva de la URSS está en trance de restablecer el equilibrio de potencias de 1939. Los Estados Unidos van, con mucho, por delante de todo el mundo. Después vienen el Japón, Alemania, la URSS, Francia, Gran Bretaña. El Japón ha doblado a Alemania, Francia y Gran Bretaña, pero las relaciones de fuerzas económicas entre el mundo capitalista y la URSS, vuelven a su equilibrio anterior» (pág. 315). Hay en estos pasajes del libro de Todd, al menos, dos previsiones de alcance, que se ha hecho patentes: la superpotencia norteamericana, solitaria en su hegemonía y la reducción del mundo soviético a la estricta realidad geográfica rusa. Pero la precisión más importante y que se muestra cada día más y más esclarecedora, se formula con estas palabras: «El problema de las nacionalidades y el de la descentralización económica son, por lo general, tratados separadamente en los estudios sobre la URSS. Ello es lamentable, porque el deseo que tienen los dirigentes soviéticos de conservar las colonias zaristas es probablemente una de las razones más importantes del conservatismo económico del Kremlin. El nacionalismo está en el corazón del bloqueo de la economía y de la sociedad soviéticas» (págs. 315-316). La prospectiva de Todd esbozaba dos líneas de desarrollo de la situación, constituyendo una alternativa. Lo que llamaba la «vía larga» y en la que se hacía visible la línea general de la política entonces en curso de los dirigentes soviéticos de la época postbrezneviana: un cambio en la ideología, precede a una modificación del sistema económico: desmarxistización desarrollo de un clima nacionalista, racista, antisemita y antichino, rusificación de las Repúblicas federadas. El régimen intenta hacer del comunismo ruso un fascismo ordinario, un sistema totalitario de ideología funcional. Esta política no puede triunfar por una razón bien simple: porque las democracias populares ya van despegado, son ya más ricas que Rusia y en cinco o diez años el ejército soviético..., estará en la situación de un ejército de país subdesarrollado que ocupante en la actual Europa occidental...» (pág. 319). La que Todd llamaba la «vía corta» era la de la reforma económica inmediata, con reforzamiento del aparato policíaco, conversión inmediata en fascismo ordinario confiando en las técnicas represivas físicas, sin preocuparse con exceso de la ideología, y aceptando al descolgamiento a medio plazo de las Repúblicas bálticas, caucásicas y musulmanas, consecuencia inevitable de la descentralización económica. La vía corta, no garantiza el éxito, pero tiene la ventaja de no esperar a que el aparato policíaco no haya degenerado por entero y que la insatisfacción material del pueblo soviético haya alcanzado un nivel verdaderamente peligroso» (ib., pág. 318).

«A posteriori», parece claro que Gorbachov, quizá apremiado por la propia situación material, optó por la «vía corta», pero la «perestroika» ha venido a ser una combinación de dudosa inteligencia estratégica de reforma económica y democratización, que lo ha empantanado todo sin lograr abrir con claridad y eficacia la nueva vía. Todd concluía su obra con una visión pesimista de la deriva soviética hacia el colapso: «Se ve en acción el único mecanismo de crisis posible en la URSS: baja productividad campesina —estructural pero que puede agravarse—, accidente climatológico —coyuntural, pero inevitable en un período de diez o veinte años—, mal aprovisionamiento de las ciudades, disturbios, huelgas... ¿Fin de la URSS?... Pero si se continúa subestimando la crisis soviética, considerando el peso militar creciente de la URSS como una consecuencia histórica de su potencia económica e industrial en aumento, se arriesga con hacer explotar el sistema soviético por desatención, rehusándole la ayuda en un momento decisivo» (ib., pág. 321).

De todas estas previsiones, a quince años vista de la obra del periodista francés, la que con mayor rigor se ha cumplido ha sido la desatención, la «mégarde» por parte de Occidente al proceso soviético y esto incluso muy avanzado el proceso gorbachoviano de la «perestroika». Los dirigentes y los observadores occidentales, con muy raras excepciones, no han calculado el efecto desintegrador de la retirada de la Unión Soviética de las Repúblicas populares de la Europa centro-oriental, ni la paralización progresiva del sistema económico en las peripecias de una reforma de contradicciones insuperables superadas, sólo verbalmente, en la gran retórica del «socialismo de mercado», ni sobre todo el efecto de despegue que el aflojamiento de la disciplina planificada de la economía, iba a provocar sobre el fondo latente del secesionismo múltiple de las nacionalidades. El gran error de los círculos dirigentes del mundo occidental ha sido la de la seguridad ciega en la capacidad soviética para limitar los efectos del cambio controlado, manteniendo intacta en lo esencial la estructura del sistema. Esta versión inconsciente del «efecto Lampedusa», de poder cambiarlo todo para que no cambiara nada, que ha subsistido en la mente de muchos que han confiado hasta última hora —incluso después del «putsch» de agosto— en el milagro Gorbachov, ha impedido darse cuenta a tiempo de que lo que se precipitaba era, ni más menos —como en lo esencial había previsto Todd, aunque sin idea de la aceleración del proceso— el fin de la Unión Soviética como organización del poder estatal. Esta es la causa de la increíble imprevisión sobre el control del arsenal atómico soviético y que hoy es motivo de tan justificada inquietud. Nunca se creyó que la URSS podría desaparecer sin tramitar su propia sucesión de Estado.

El tema del estallido del Imperio, la secesión de las nacionalidades ha venido siendo certeramente anunciado por la soviétóloga, también francesa Hélène Carrère d'Encausse, a partir de su obra pionera *L'Empire éclaté. La révolte des nations en URSS* (Flammarion, París, 1978), a la que hemos hecho referencia en anteriores estudios. El esquema que desarrolla esta autora devuelve al problema de las nacionalidades la dimensión condicionante que ha tenido siempre, mientras los más de los expertos del mundo soviético, no lo tomaban en consideración convencidos de la solidez

inconmovible del régimen comunista y de la firmeza integradora de su aparato de poder y de la ideología. «El Imperio de los zares —señala al comienzo de su análisis, la mencionada autora— era una "prisión de pueblos" y Lenin la ha abierto. Así se escribe la historia. Pero la historia no es nunca tan simple. El Imperio muestra signos de debilidad desde comienzos del siglo XX porque desde entonces todos los pueblos dominados comienzan a resentirse de su dominación y meditan en los medios para escapar de ella. El genio de Lenin, es haber captado la amplitud de esas voluntades de emancipación. Es también haber comprendido el que gracias a esas voluntades de emancipación, que no tenían nada que ver con la clase obrera, le iba a ser posible asegurar el triunfo de los obreros en su país» (ob. cit., pág. 11).

La autora mencionada describe la política leninista de las nacionalidades, tras el fracaso de la revolución comunista en Europa, a partir del intento planteado en el Congreso de los pueblos coloniales oprimidos, de abrir un proceso de descolonización revolucionario y ofreciendo a la naciente URSS como plataforma de integración de los pueblos liberados. «En Bakú, la Europa del proletariado, ve alzarse ante ella, incluso frente a ella, un mundo no europeo que, en nombre de las ideas de Lenin, afirma que revolución en Europa y fuera de Europa no se confunden; que la emancipación global de los pueblos dominados es su propia revolución» (ib., pág. 13). La integración soviética en el espacio eslavo-asiático, se va produciendo en los años veinte a través de acuerdos bilaterales de la República de Rusia, que van consagrando la hegemonía de aquélla, aunque, por ejemplo durante algún tiempo, Ucrania conserve relaciones diplomáticas con el exterior. A la conferencia de Génova de 1922 fue invitada sólo la República Socialista Federal de Rusia; en 1921 el Ejército rojo tuvo que invadir Georgia, hasta que en mayo de ese mismo año, dirigida ya por los bolcheviques firma esta nacionalidad un tratado de alianza con Moscú. Lenin fue hasta 1917, un adversario obstinado de las soluciones federales, pero la situación le hizo revisar sus posiciones y bajo la influencia manifiesta de las ideas de Stalin —georgiano, que había dedicado su tiempo de exilio en Viena a estudiar precisamente la cuestión de las nacionalidades, lo que plasmó en un opúsculo programático— aceptó el esquema del modelo de la organización rusa como modelo federal de la Unión Soviética, el cual a su vez debía de servir de paradigma a la gran utopía de la Federación mundial de Estados socialistas del futuro. La República federativa rusa, organizada por la Constitución de 1910, reagrupa ocho repúblicas autónomas y trece regiones autónomas, pero se caracteriza por un fuerte grado de centralización y una inexistencia práctica de órganos locales independientes. Al entrar en esta organización las repúblicas quedaban reducidas a un «status» de autonomía, por lo que, en verdad, se trataba de una extensión geográfica de la República de Rusia, más que de un Estado federal verdaderamente nuevo. Ya entrado 1922, un Lenin seriamente enfermo, pero habiendo medido el fondo de las verdaderas realidades nacionales, se inclina a una construcción rigurosamente federal, que una en pie de estricta igualdad a Rusia con las demás nacionalidades, una solución frente a la que Stalin se muestra reacio, aunque termina por ceder, dándose cuenta de que puede quedar en una ficción federalista, si se controla debidamente el poder ejecutivo. En un estricto poco menos que testamentario, Lenin se reprocha la culpabi-

alidad de no haber aplicado la debida atención a la cuestión de la «autonomización» de las Repúblicas socialistas. El 30 de diciembre de 1922 se adopta el tratado de formación de la URSS que contiene las disposiciones fundamentales, que pasarán a ser la Constitución soviética de 1924. La solución stalinista que va a imponerse por las fuerzas de las cosas, ha de consistir en reducir a mera proclamación simbólica, el principio federativo enunciado, organizando el control sobre todo el territorio soviético, a través del Ejército, el Partido y la policía, los órganos económicos, etc. A comienzo de los años treinta, cuando ya Stalin ha liquidado a sus concurrentes, impone su solución al problema de las nacionalidades en el Estado soviético. La Constitución de 1936 consagra formalmente un federalismo impecable, pero al mismo tiempo que se hace esta proclamación retórica, Stalin pone en marcha una estrategia de rusificación progresiva en todos los planos, decidida a la eliminación resulta de las características nacionales, tanto en el plano cultural como en el económico. La gran victoria en la Segunda Guerra Mundial, la llamada Gran Guerra Patriótica sobre la que se quiso edificar el nuevo «patriotismo soviético», al tiempo que en la lucha se puso de manifiesto la profundidad de los sentimientos nacionalistas no rusos, lleva a Stalin a construir, en la práctica, un modelo imperial sobre las nacionalidades y pueblos que constituyen la Unión Soviética. Stalin traduce la victoria en el derecho de la nación rusa a convertirse en guía de la fraternidad socialista de los demás pueblos soviéticos. El modelo ahora, es la creación de la «nación soviética», del «pueblo soviético», del «hombre soviético», pero tras todo esto, se lleva a cabo una «rusificación» sistemática de la acción política y del conjunto de las formas de vida, aplicando los métodos más brutales. «Lenin pensaba que los pueblos no rusos adoptarían voluntariamente algún día la lengua rusa por comodidad y porque habían sido dejados en libertad de desarrollar sus propias culturas. En 1952, la comunidad de naciones de la URSS debía volverse hacia la cultura rusa, porque no había otra elección. Indiferente, con frecuencia, a sus minorías, el Imperio zarista no había intentado nunca llevar a cabo una rusificación tan sistemática de sus súbditos. No había tenido nunca tampoco una doctrina imperial clara y extendida a todo el espacio a que alcanzaba. La Federación soviética, en 1952, es un verdadero Imperio, en el que la preeminencia del pueblo ruso aparece justificada, como en los imperios coloniales del pasado, por una civilización superior y por la senda de progreso hacia la que guiaba a sus súbditos... Stalin ha respondido a los sobresaltos nacionalistas de los años de la guerra, imponiendo a las naciones una solución brutal: la rusificación rápida» (págs. 33-34). Así se dio la paradoja en la segunda postguerra mundial, de que mientras que la Unión Soviética, por todos los medios a su alcance, forzaba la descolonización de los grandes Imperios europeos como estrategia revolucionaria, ella misma fortificaba al máximo la colonización de su espacio de dominación, constituyendo así lo que De Gaulle llamó el «último Imperio colonial de Europa». Es un problema que quedó abierto y la latente para el futuro y que ha venido a estallar en nuestros días, al hilo de los demás factores del proceso de descomposición, para ser a la postre el detonante último de la dislocación política de la URSS.

Los sucesores de Stalin, especialmente a partir de Krushev, se vieron, de grado o

por necesidad, en el trance de tener que rectificar la rusificación stalinista, e intentaron reavivar la antigua utopía de la fraternidad revolucionaria y se propusieron dar realidad a la retórica del «pueblo soviético». La representación en la ONU de Ucrania y la Bielorusia que había sido impuesta por Stalin, no tuvo la menor repercusión interior, pero en el plano estrictamente formal, la Constitución de 1936 fue modificada para permitir en la sola realidad de la propaganda, a las Repúblicas federadas, sus propias fuerzas armadas y su representación diplomática. En el poststalinismo el deshielo se apreció en una cierta desconcentración de poderes y un clima de euforia autonómica, pero en el plano económico el dogma de la planificación centralista se mantuvo a rajatabla. En el XXII Congreso del PCUS, Kruschev en pleno delirio de la utopía, anunció la «nueva sociedad soviética» producto de la realización, ya a la vista, del comunismo, en el que las diferencias étnicas y las rivalidades nacionalistas, quedarían superadas de modo definitivo. Con un verbalismo dialéctico rayano en el cinismo, sostenía que la política igualitaria de las nacionalidades, planteada por Lenin, había contribuido decisivamente al desarrollo de las culturas nacionales, en tanto que la planificación económica había estimulado su interdependencia, de modo que la marcha hacia el comunismo llevaba al proceso terminal de fusión en una sola comunidad de nuevo tipo, que suponía la plena realización del reino de la libertad de los hombres y de las naciones postulado, por Marx. Este ideal de la fusión se mantiene todavía en el XXV Congreso de 1976 y la Constitución brezneviana de 1977 —la «más democrática del mundo» en palabras del propio Breznev— reafirma el carácter federalista de la Unión y garantiza en su artículo 72 el derecho de secesión. Pero por debajo de este constitucionalismo formal, la doctrina así actualizada, subraya la aparición como categoría política omnicompreensiva, de la nueva realidad del «pueblo soviético», que sirve de base a la entidad estatal de la URSS y constituye el elemento supremo de la unificación comunista.

Es en esta fase donde el Partido, alatamente burocratizado e implantado sobre todo la geografía soviética, sirve de elemento de integración mecánica de las nacionalidades, en tanto que el dogma del «centralismo democrático» impone una acción común por encima de la geografía y de la cultura peculiares de las nacionalidades. El Partido se convierte así realmente, en el centro de imputación efectivo de la soberanía soviética y aunque en su composición humana, globalmente considerado, parece acreditar una creciente participación en la vida política de la población no rusa y dar la impresión de un clima de igualdad entre las Repúblicas, esta era una visión superficial y más bien falsa. Así a la muerte de Breznev, cuando en realidad se abre el proceso crítico de la Unión Soviética, el problema de las naciones se adelanta al primer plano. Hélène Carrère llegaba a la conclusión, en esta su obra de 1978, de que el pueblo soviético como categoría política no existía. «Porque, ese *pueblo soviético*, importa poco que los dirigentes soviéticos afirmen que existe. Sus afirmaciones repetidas denuncian la fórmula de encantamiento. Pero una realidad social no puede ser cambiada con palabras. La realidad, son esas *naciones* que se expresan vigorosamente. Ninguna magia las hará desaparecer súbitamente en beneficio del *pueblo soviético*» (ib., pág. 271). En términos generales, los dirigentes soviéticos han ligado al proceso de

modernización revolucionaria, la formación de una gran nación moderna, la suprema realidad soviética, que terminaría por dejar reducidas a diferencias secundarias, lingüísticas y folklóricas, las peculiaridades de las nacionalidades y autonomías, pero esta visión se ha revelado como falsa y sin salida. O la capacidad sugestiva de la transformación revolucionaria ha sido insuficiente, o las características étnicas, culturales e históricas de las etnias y de las nacionalidades han aparecido como inquebrantables, o ambas cosas a la vez, lo cierto es que la visión transnacional de ese complejo mundo ruso, se ha frustrado por completo y, a última hora; la conmoción nacionalista ha sido el factor concluyente que ha puesto fin a la existencia histórica del conglomerado de la URSS y el factor que también ahora está reduciendo al mínimo las posibilidades de mantener alguna estructura unitaria, que evite la dislocación general del espacio político-económico del antiguo Imperio. Con visión de gran alcance, la autora a que nos hemos referido, Hélène Carrère d'Encausse, concluía con estas palabras su obra de 1978: «La reaparición de este «hermano mayor» —la nación rusa, propiamente dicha— que la revolución había condenado a desaparecer, conduce a interrogarse en definitiva sobre el camino recorrido por la URSS desde 1917. El poder de los zares, se había comprometido, desde fines del siglo XIX, en la vía de una modernización rápida. El único aspecto en el que había sido incapaz de innovar, de responder a los problemas plurales que se planteaban, era el ámbito de las relaciones con las diversas naciones que vivían en el espacio ruso. Su vulnerabilidad en la guerra había sido multiplicada por la vulnerabilidad de su periferia y la dislocación rápida del Imperio colonial. En sesenta años, el régimen soviético ha llevado a cabo transformaciones considerables en la sociedad. Sin duda, se enfrenta a numerosos problemas. Pero está claro, que de todos los problemas a los que debe hacer frente, el más urgente, el más irreductible, es aquel que plantean las naciones. Y como el Imperio al cual ha sucedido, el Estado soviético parece incapaz de salir de la encrucijada nacional» (ib., págs. 279-280). Y no ha logrado salir, en efecto; como reza el título de la obra, el Imperio, efectivamente, ha estallado.

GORBACHOV Y EL FRACASO DE LA «PERESTROIKA»

Mikhail Gorbachov es probablemente la figura más equívoca del siglo y, desde algún punto de vista, también la más importante. El balance de su obra puede hacerse ya, dado que finalmente ha resignado sus poderes nominales puesto que su base física, la URSS, como espacio político había desaparecido. Nada de cuanto sabemos —y hoy el escenario es casi del todo transparente— permite calibrar que pueda tener ya un efectivo papel en el curso de los acontecimientos ulteriores y ostentar una posición de relieve en la configuración política que pueda consolidarse en el mundo ruso y cuyo signo es en estos momentos, todavía, difícilmente calculable.

La gran operación del cambio hacia adelante, la «revolución dentro de la revolución» que proclamara ante el mundo como «perestroika», esto es, la reestructuración

global del sistema soviético ha terminado; el gigantesco organismo enfermo ha perecido en la mesa de operaciones. Al mismo tiempo es verdad, que en poco más de cinco de años, desde la cima del poder soviético, Mikhail Gorbachov ha transformado el mundo, esto es, ha liquidado o ha provocado el desmoronamiento de todos los planteamientos de la política mundial desde el orden establecido en Yalta, con la URSS como superpotencia hegemónica en concurrencia con los Estados Unidos y ha puesto fin a la estrategia de la revolución mundial comunista, que desde los días de Lenin ha sido, como quiera que se juzgue, una alternativa histórica para la civilización occidental. Esto sin duda, no puede por menos, que ser considerado como un desenlace venturoso del siglo XX —si se tiene en cuenta que el comunismo y la URSS como su capital protagonista, están en el centro de toda la violenta tragedia del siglo—, pero el horizonte que se divisa en el panorama soviético en este desplome final, descubre una situación agudamente crítica de descomposición total de la organización política, de enorme penuria económica abocada a verdaderos cataclismos y de dislocación general del espacio político de la URSS. Este desastre general entraña peligros considerables para el mundo, pues como quiera que se mire, la URSS era un factor esencial de equilibrio, aunque este fuera de suyo explosivo —y de modo singular respecto de Europa. Para Europa, en efecto, ha dificultado considerablemente su proceso de integración, planteándose una difícil operación de reajuste de posiciones con las naciones europeas de la antigua área de influencia soviética y con la misma nueva Rusia y las nacionalidades emergentes, además de los riesgos físicos y materiales que se albergan potencialmente —la emigración masiva, la dislocación del arsenal nuclear, la insolvencia de las Repúblicas de la importante deuda exterior de la URSS, la hambruna de proporciones temibles etc.— en el actual panorama del mundo eslavo.

Nada menos razonable, a la vista de todo ello, que el pensar que Gorbachov ha culminado con éxito, ni en lo más mínimo, su «desideratum», sea éste lo que retóricamente había proclamado, o cualquiera que haya sido el sueño íntimo delirante de grandeza y prosperidad, que pudiera albergar en secreto. La reestructuración del poder soviético y del orden de vida de la comunidad de los pueblos de la URSS, ha concluido en una «desconstrucción», en una demolición sistemática sin solución de recambio, que ha culminado en el detonante del «putsch» contrarrevolucionario del pasado Agosto, que ha servido de fulminante definitivo a la volatilización del poder comunista. ¿Qué es lo que quería Gorbachov? Es evidente que al acceder a la Secretaría general del PCUS, el máximo centro decisorio de la organización, era consciente del estancamiento, del verdadero callejón sin salida, a que había llegado el sistema, de manera patente en el plano económico y en la calidad de vida y, desde el punto de vista estratégico, en la imposibilidad de seguir la concurrencia con USA y el mundo occidental, pues el rearme tecnológico que había quedado fuera de los alcances financieros y técnicos en gran escala de la Unión Soviética.

Gorbachov planteó su gran reforma, que él mismo calificara de revolución, dentro de los supuestos fundamentales de la línea ideológica del comunismo, incluso como un retorno actualizado a la originaria concepción leninista. Gorbachov se ha proclama-

do siempre comunista y no ha repudiado nunca su trayectoria ideológica, ni siquiera después del golpe reaccionario de Agosto. «El ímpetu vivificador de nuestra gran Revolución — escribe en 1987— en su obra *«Perestroika»* de difusión universal —era demasiado poderoso, para que el pueblo y el Partido pudieran reconciliarse con fenómenos que amenazaban con destruir sus mayores logros. Las obras de Lenin y sus ideales socialistas seguían siendo para nosotros una fuente inagotable de creativo pensamiento dialéctico, de riqueza teórica y de sagacidad política» (ob. cit., tr. esp. ed. BSA, Barcelona, 1987, págs. 22-23). Este reconocimiento de la fundamentalidad ideológica del pensamiento de Lenin y de la consecuente legitimidad histórica de la Gran Revolución de Octubre de 1917, han sido una constante del planteamiento retórico de la «perestroika». En marzo de 1985 al acceder a la cumbre del poder, Gorbachov se enfrenta a una situación de dificultades conocidas y, sobre todo, de oscuras perspectivas para el porvenir de la URSS: «Cuando Gorbachov accede al poder, en 1985, existe en torno a él un grupo de dirigentes (altos cargos de la KGB, académicos, ingenieros) que ha tomado conciencia de que el poder de la URSS se halla realmente en peligro. Las insuficiencias en el plano de la investigación, la dificultad de asimilar las tecnologías de la información y el retraso contraído respecto a los americanos (un retraso que no compensa ya el espionaje industrial que, sin embargo se lleva al máximo) muestran que la Unión Soviética corre el riesgo de dejar de ser, en los albores del siglo XXI, la segunda gran potencia mundial. Entre este grupo de hombres miembros de la «nomenklatura», se va a desarrollar la convicción de una verdadera reforma que se ha hecho indispensable, ya que la ineficacia de la planificación pone en peligro la política de potencia. No es, pues, el nivel de vida de los soviéticos lo que ha conducido a la idea de reforma sino la angustia de un declive del país en la competición geopolítica mundial. Se comprende entonces que este proyecto de reforma tenga dos caras: una interna, centrada en una mejora de la gestión económica del país, y otra externa que apunta a desarrollar una política exterior capaz de alcanzar los mismos objetivos a un coste sensiblemente menor» (Jacques Lesourme y Bernard Lecomte: *«Después del comunismo»*) (tr. esp. Arias Montano ed. Madrid, 1991, pág. 34).

Parece claro, en efecto, que el «gran designio» de Gorbachov canonizado como «perestroika», estuvo dictado en sus objetivos esenciales, por el primado de la política exterior que caracteriza al estilo de la gran política de potencia. La situación interior, especialmente en la economía, aunque mala era soportable, y es sabido, que en buena doctrina marxista es la solución final la única que importa. Pero la clara posibilidad de que los Estados Unidos consiguieran en la carrera armamentista un distanciamiento cualitativo, como era manifiesto con el programa Reagan de la vulgarmente conocida como «guerra de las galaxias» que permitía la neutralización de los misiles soviéticos, rompiendo la paridad de la aniquilación, significaba una derrota probablemente irreversible de la URSS como superpotencia. Así el objetivo esencial, supremo, de la «perestroika» era conseguir una larga tregua en la carrera de armamentos, sacrificando incluso posiciones en el área de influencia europea del cinturón de democracias populares, buscando su neutralización así como la de las dos Alemanias. Y aquí es

donde la economía pasaba a primer plano, puesto que el gran repliegue estratégico, venía impuesto por exigencias del retraso tecnológico masivo y los consecuentes condicionamientos financieros insuperables. Pero naturalmente este objetivo, que descubrió sin ambages Gorbachov en la precipitada cumbre de Reykjavik, cogiendo por sorpresa a la diplomacia norteamericana, tenía que envolverse en una gran operación de progresividad interior del sistema soviético, de gran salto hacia adelante en el desarrollo económico y de perfeccionamiento social. Así pues se proclamó el decidido despegue frente a la larga era de «estancamiento» de Breznev y se recuperó el estilo de la política reformista de Kruschev, pero todo ello envuelto en unos aires de novedad y difusión, insólitos en la política soviética, en los que el indudable genio propagandístico de Gorbachov y su capacidad de comunicación, de prototipo de relaciones públicas, han brillado al máximo haciendo de la «perestroika» un colosal montaje retórico. Se ha presentado como estrategia para la paz mundial y como realización de la plenitud de la democracia en el socialismo. Los resultados: Gorbachov obtuvo el premio Nobel de la paz y la URSS ha desaparecido. La «perestroika» concluye en el que, posiblemente, pueda calificarse del mayor fracaso político del siglo.

DE NUEVO, EL «MUNDO RUSO»

El proceso de liquidación es tan acelerado y profundo que hasta la semántica de la geografía política ha perdido actualidad. Términos hasta ahora perfectamente indicativos, como URSS o Unión Soviética, han perdido toda vigencia y nos es preciso recurrir a la nomenclatura de la vieja geografía, para referirnos al espacio que hasta ahora dominaba la geografía ideológica del comunismo. Así hablamos del «mundo ruso» para mencionar el bloque inmenso que «se extiende desde el Báltico hasta el estrecho de Behring y desde el Océano Glacial hasta Pamir; un imperio tan vasto que, por sí solo, representa la mitad de Europa más de la mitad de Asia», «ese Continente inmóvil» para decirlo en los términos de un calificado historiador (Gonzague de Reynold: «*El mundo ruso*», tr. esp. Emecé, Ed. Buenos Aires, 1951, págs. 15-16) en el que ahora parece haberse desencadenado un verdadero alud. ¿Cómo ha podido ocurrir ello de modo históricamente tan súbito y, en términos generales tan inesperado?

Sería simplista en demasía reducir todo el catastrófico acontecer a un error de concepción estratégica de Gorbachov y de los últimos dirigentes soviéticos, a soluciones equivocadas sobre calculos erróneos, a planteamientos políticos superficiales y a fallos en la ejecución del programa reformista, etc. Todo ello y más, ha entrado sin duda en el proceso, pero la convulsión de fondo, el gran terremoto tiene su epicentro en la crisis del sistema de poder del Kremlin sobre ese mundo ruso heteróclito que viene gestándose desde la muerte de Stalin y que, finalmente, un impulso quizá demasiado vigoroso de reforma, pero, sobre todo, una apertura a la discusión pública repentina y estruendosa, ha dejado al desnudo en toda su inhumana y al mismo tiempo hueca realidad, de manera que un contramovimiento en falso —el mal concebido y peor

ejecutado «golpe de Estado» de agosto— ha precipitado el desplome y el definitivo colapso. Una vez más, el colosal Imperio ha cedido por sus pies de barro.

Quizá se ha puesto de manifiesto que el terror stalinista es el único procedimiento normal de funcionamiento relativo de un sistema integrado sólo artificialmente y, que se ha revelado a lo largo de los años, manifiestamente incapaz de un mínimo desarrollo económico y de la más ligera humanización política, del más simple avance en la ecuación siempre tensa de orden-libertad, que en ese mundo, por sus características arrastradas de siglos, se torna poco menos que insoluble dada la compleja geografía humana de sus paisaje crudo y atormentado. En todo caso, el enorme suceso del desmoronamiento del Imperio soviético, si hemos de medirlo en toda su profundidad, tenemos que inscribirlo en la trayectoria histórica del «mundo ruso» que, quizá, acierta a definir en su decurso y en su sentido, el historiador Gonzague de Reynold que acabamos de mencionar con estas sus palabras: «Cuando se estudia la historia rusa salta a los ojos una oposición: la continuidad de la marcha hacia el Imperio y la discontinuidad del desarrollo interior..., Rusia: en realidad hay cuatro: la de Kiev, la de Moscú, la de San Petersburgo y la de los Soviets. Es perfectamente legítimo ver en cada una de ellas una etapa de la vida de un pueblo que nace, se forma, crece, se convierte en un imperio, en una potencia mundial. Puede firmarse con derecho, que el nacimiento y la formación corresponden a la Rusia de Kiev; el crecimiento, a la Rusia de Moscú; el imperio a la de San Petersburgo; la potencia mundial, a la de los Soviets. No es menos cierto que la Rusia de los Soviets destruyó a la de San Petersburgo; que ésta hizo lo propio con la de Moscú; la de Moscú con la de Kiev, antes de los mongoles, que no hicieron más que terminarla. Por consiguiente, la existencia de una quinta Rusia no está sólo en el orden de lo posible, sino en el de lo probable. Observemos, sin embargo, que entre cada uno de esos desplazamientos, de esas rupturas, se inserta un largo período de aceptación: hasta el presente, de unos tres siglos. Es cierto que nuestra vida moderna ha adquirido un ritmo tan acelerado, y hasta catastrófico, que todo desarrollo histórico se ve necesariamente acortado» (ob. cit., págs. 79-80). Así pues, en el mundo ruso se abre un tremendo interregno hasta una nueva integración, en el que caos, la anarquía, el hambre y la violencia es de temer que dominen la situación.

A partir de la erosión y del estancamiento del sistema que lo vaciaron de todo contenido dinámico, desde el desplazamiento de Kruschev en 1964 y a lo largo de la etapa de Breznev que concluye con su muerte en 1982, se abre tras la esterilidad de la gerontocracia, la gran crisis estructural del organismo soviético, que tras el breve impulso de Andropov y el nuevo parón del anciano y enfermo Chermienko, trata de afrontar sobre la marcha con su «perestroika» Gorbachov, a medida que va con el tiempo, descubriendo la atrofia general y las enormes resistencias para el cambio. Es significativo que la cuestión de las nacionalidades no ocupara, ni mucho menos el primer plano, de los esbozos de la «perestroika». Gorbachov no la incluye entre los temas capitales que enumera como integrantes de su definición en la obra que hemos mencionado. Antes al contrario, parece darla en lo esencial por resuelta. «Vivimos —escribe, en efecto— en un país multinacional. Este es un factor de su poder, más bien que

de su debilidad o desintegración. La Rusia zarista fue calificada como una prisión de pueblos. La Revolución y el socialismo han acabado con las opresiones y desigualdades nacionales, y han asegurado un progreso económico, intelectual y cultural para todas las naciones y nacionalidades. Naciones que antes eran atrasadas han adquirido una industria avanzada, así como una moderna estructura social. Se han elevado al nivel de vida de la cultura moderna, aunque anteriormente algunas de ellas ni siquiera tuvieran alfabeto propios. Toda persona carente de prejuicios debe reconocer el hecho de que nuestro Partido ha realizado una labor inmensa y ha transformado la situación. Sus resultados han enriquecido a la sociedad soviética y a la civilización mundial en general». Y añadía aún: «Todas las naciones y nacionalidades que habitan nuestro país hicieron una contribución a la formación y al desarrollo de nuestra patria socialista. Juntas, defendieron su libertad, su independencia y sus conquistas revolucionarias contra la invasión de sus enemigos. Si la cuestión de la nacionalidad no se hubiera resuelto desde un principio, la Unión Soviética nunca habría conseguido el potencial social, cultural, económico y defensivo que posee hoy. Nuestro Estado no habría sobrevivido si las repúblicas no hubieran formado una comunidad basada en la fraternidad y la cooperación, el respeto y la mutua ayuda» (ob. cit., pág. 108). Tal era la visión optimista por no decir quimérica, que al menos manifestaba Gorbachov sobre este problema verdaderamente capital. Escribía estas palabras todavía hace sólo cuatro años, aunque parezcan de otro siglo, puestas en la pluma del mismo hombre que ahora pide que siquiera algunas Repúblicas firmen un Tratado de Unión para un Estado meramente confederal y se ve obligado a amenazar con su retirada en otro caso.

La primera línea de los problemas de la gran reforma de Gorbachov estaba en la operación estratégica de desarme controlado para abrir una nueva fase de distensión con el mundo occidental y en la reestructuración de la base económica del sistema revestida de una evolutura de «democratización» en el peculiar sentido de la interpretación soviética de la idea de democracia. Pero la impresión general es que Gorbachov y sus consejeros, no ponderaron suficientemente el grado de resistencia y de inercia, de renuencia y de pasividad que los intereses establecidos, especialmente la burocracia del partido y la amplia «nomenklatura», oponían a la normativa legal de la reforma. En la misma medida que se proclamaban objetivos más ambiciosos y avanzados para la reestructuración a fondo del sistema, más notorio era el incumplimiento de las normas legales que la instrumentaban. El proceso de dislocación del antiguo sistema iba bastante más rápido en cuanto a los mecanismos de planificación y las redes de distribución que el de implantación del nuevo concebido como una evolución hacia una economía de mercado. Pero, justamente, en esto ha estado siempre el gran equívoco de la «perestroika»: nunca se ha querido realmente llegar a una economía de mercado en sus rasgos más esenciales —que se definen a partir de un principio de propiedad privada generalizada y de comportamientos económicos motivados por el beneficio— sino lo que se ha intentado es una barroca reconfiguración de la economía socialista introduciendo dentro de ella elementos de competitividad, conforme a la fórmula apenas inteligible del «socialismo de mercado» o la aún más contradictoria de «mercado socialista».

En cualquier caso, en la práctica los resultados han sido patentemente negativos y han llevado a la economía soviética al borde del colapso. Boris Pinsker, un especialista ruso en temas de desarrollo económico escribe al respecto: «Paradoja histórica: el país está dirigido por reformadores que temen las reformas, porque comprenden muy bien que esas reformas absolutamente indispensables entrañan su propia desposesión al barrerse de la escena a los responsables comunistas. El período de reformas ha comenzado por una tentativa de reestructuración del socialismo concebida como un programa de mejora y renovación de ese régimen, como una reforma en el interior del sistema. Pero ¿qué es el sistema soviético? Se sabe que una de las grandes proscriciones es la de propiedad privada, la iniciativa privada, la libre empresa. Todas las riquezas del país son gestionadas por un aparato rector (aparato del partido, aparato económico, etc.). Son los funcionarios quiénes deciden, la naturaleza, la cantidad y el precio de las mercancías, los que deciden el lugar dónde deben ser producidas, deciden sobre la creación y la localización de las grandes empresas. Ninguna iniciativa privada es posible... Hablando siempre de reformas, el gobierno comunista no quiere desprenderse de propiedad alguna en favor de poseedores privados. ¡La tierra, las fábricas, los servicios, todo está en manos del gobierno; la propiedad privada a pesar de todo lo que se dice, sigue siempre prohibida! (Boris Pinsker *«Les réformateurs redoutent les réformes»* en la recopilación de trabajos de Lev Timofeiev recogidos bajo el título genérico en su tr. fr. de *«Faut-il vraiment aider les Russes?»* Albin Michel, 1991, págs. 47-49). Estas categóricas palabras han sido escritas este mismo año, cuando el programa económico de la «perestroika» es, en buena parte ya, norma legal. Y ello es tan así, que el propio Gorbachov, todavía en diciembre de 1990 declaraba ante el Congreso de los diputados: «La propiedad privada de la tierra sería inmoral; establecería la dominación de los ricos sobre los pobres.» ¿De qué economía libre, de qué mercado, se puede hablar y sobre todo pueden funcionar a partir de esa condena del principio básico de la libertad en economía? Guy Sorman en el prefacio al ensayo de Timofeiev, que acabamos de citar, resume así la realidad efectiva de la titánica «perestroika»: «La "perestroika", hasta nueva orden, es un discurso, una crítica del orden antiguo, pero no en absoluto, la edificación de un nuevo orden. Esta permitido desde ahora criticar el sistema político-económico, la crítica incluso es animada cuando ayuda al equipo actualmente en el poder a debilitar a sus rivales pasados o potenciales. Pero fuera de esta crítica verbal, la "perestroika" no es más que el nuevo nombre del sistema económico antiguo, no ha establecido un sistema diferente» (ib., pág. 13).

Aunque el ergotismo característico del doctrinario le lleve hoy a Gorbachov a enunciar el fenómeno colosal de la disgregación del Imperio, la nueva realidad caótica del mundo ruso, como un desarrollo dialécticamente vinculado a las secuencias de la «perestroika», lo cierto es que, probablemente la causa esencial del fracaso del tremendo experimento del último líder soviético, haya sido su falta de percepción y de sensibilidad hacia el problema de las nacionalidades y su falta de previsión hacia la posibilidad de la ruptura de la unidad soviética tan fatigosamente conseguida. En su apasionante relato sobre el frustrado «putsch» de agosto y sus efectos, reconoce que quizá «el resultado más trágico del intento del golpe es que aquellos tres días es-

timularon, dieron auténtico impulso a las tendencias centrífugas del país» porque de «allí emergía una verdadera amenaza de que el estado se fragmentase y ya no fuese más una Unión» (M. Gorbachov: *«El golpe»*, tr. esp., Ed. BSA, Barcelona, 1991, pág. 75). Esto es, sin duda, manifiesto; pero no es menos verdad que la desatención de Gorbachov a lo largo de cinco años respecto de este enorme problema y su intento tardío de ponerlo remedio con los acuerdos de Novo-Ogariovo en la pasada primavera que condujeron al primer esbozo del Tratado de la Unión precipitaron el acontecimiento y el referido Tratado, que ya sustituía la estructura federal de la URSS por la figura más ambigua de la Unión de Estados Soberanos y que había de firmarse el 20 de agosto, fue el detonante para el golpe de estado. Gorbachov viene a reconocer que la reestructuración del «status» básico de la unión no estaba en el programa de la «perestroika» y al mismo tiempo desvela la magnitud de las cuestiones que ahora están planteadas frente al peligro inminente de la desintegración del antiguo Superestado: «Hubo una época en que a muchas cosas no se les prestaba atención y regiones enteras eran transferidas del control de una República al de otra. A fin de cuentas, se decía, si todo queda en el mismo Estado, ¿qué importa? Algunas veces surgían problemas como secuelas locales, pero la mayoría eran rápidamente resueltos, pues ¿acaso no estábamos todos unidos? Y mientras tanto, tras la fachada de la política que proclamaba la "amistad de los pueblos" e incluso la "fusión" de las naciones, otros problemas se acumulaban en número considerable. Ahora hemos llegado a percatarnos de un montón de cosas. Nos tomamos en serio la posibilidad de que alguna de las Repúblicas no quiera firmar el Tratado, es decir, que emprender la vía de la secesión. Pero hagámoslo todo dentro de un orden constitucional. Si una República abandona la Unión surgirá un entero complejo de problemas que será esencial examinar: legales, humanitarios, territoriales, militares, económicos y un largo etcétera» (ib., pág. 79). Así al desbarajuste provocado por la dislocación del orden político y económico del inmenso y, desde todos los puntos de vista, complicado país, se sobrepone como problema condicionante de «última ratio» el problema del marco constitucional que defina la unidad posible de los pueblos —o de algunos de ellos al menos— de lo que llamamos el mundo ruso y que antes integraban la URSS.

Y a este respecto, es forzoso, en absoluto hablar en pretérito porque todas las realidades políticas soviéticas han quedado barridas por los acontecimientos y hasta las soluciones esbozadas han resultado superadas por los hechos. Así el Tratado de la Unión que ahora constituye sin duda la base previa condicionante para poder comenzar el intento de establecer un nuevo orden. «En segundo lugar —escribe Gorbachov, tras la previa descalificación de las acusaciones y de los ajustes de cuentas por la asonada de agosto— considero que lo más importante es resucitar el proceso conectado con el Tratado de la Unión. Los conspiradores sí lograron que la firma del Tratado, fijada para el 20 de agosto, se suspendiera... Pero el proyecto de tratado representaba un equilibrio de intereses entre todos los participantes en acuerdo de Nuevo-Ogarevo... Por supuesto, no podíamos ignorar o que había tenido lugar en aquellos días de agosto. Eran necesarias enmiendas; enmiendas que tomarían en consideración la trágica experiencia que habíamos adquirido y las lecciones adquiridas

de lo que ocurrió... Aún no nos habíamos separado ni desintegrado: sólo habíamos permitido que los vínculos entre las Repúblicas se debilitaran y se iniciase una confrontación. Las precedentes relaciones se habían interrumpido. ¿Y en qué estado se encontraba el país como resultado? ¿A qué conduciría un rechazo de la firma del Tratado de la Unión? ¿Qué ocurriría si las Repúblicas empezaban a rechazar categóricamente la Unión, si precipitadamente y en una atmósfera emocional nos poníamos a resolver los problemas, excepcionalmente complicados de este vasto Estado al que había costado un siglo dar forma? ¿E implicando el destino de decenas de millones de personas, sus derechos civiles, sus fronteras y la titularidad de la propiedad y la riqueza públicas creadas gracias al esfuerzo de todo un pueblo?» (ib., págs. 76-77).

Y este es el planteamiento dramático en que se encontraba el problema a primeros de diciembre. Aunque Gorbachov con sus mejores recursos retóricos ha intentado presentar como un paso positivo el reenvío del proyecto de Tratado a los Parlamentos de las Repúblicas, ello suponía un evidente paso atrás al anticipar la deliberación parlamentaria a la firma y a la homologación. Luego está la amenazadora ausencia de las Repúblicas europeas —Ucrania, Georgia, Armenia, etc.—; en el nuevo proyecto están implicadas en la negociación con el Presidente de la antigua URSS, la Federación de Rusia, Bielorrusia y las repúblicas musulmanas que evidentemente quieren mantenerse unidas al mundo eslavo para evitar la peligrosa deriva hacia el fundamentalismo islámico. La discusión política esencial, que ha envuelto un último duelo personal entre Gorbachov y el presidente de Rusia Yeltsin, es la naturaleza federal o meramente confederativa de la nueva entidad política asociada. Gorbachov quiso presentar frente al mundo y de cara a la acción interior una nueva Unión que permitiera mantener en el concierto mundial el papel de superpotencia y equilibrar la hegemonía de los Estados Unidos, así como abrir desde la estabilidad una relación positiva con la Comunidad Europea y, en el interior llevar a sus últimas consecuencias la «perestroika» con sus grandes objetivos finales de democratización política y economía de libre mercado. He aquí el último diseño de su gran designio: «Creo y estoy enteramente convencido de que la comunidad internacional tratará con una Unión de Estados Soberanos, con un país en el que Estados y Repúblicas libres y democráticos, al igual que varias decenas de naciones y grupos nacionales y étnicos cohabitarán voluntariamente y con los mismos derechos; un país donde las más diversas culturas y prácticamente todas las religiones conocidas existirán codo con codo interactuarán para crear una entidad cultural y espiritual única... La Gran Democracia Euroasiática constituirá uno de los baluartes de nuevo mundo, de la seguridad de éste y del "rapprochement" de dos Continentes para la edificación de un orden mundial justo. El potencial combinado de política exterior de la nueva Unión aumentará gracias a la liberada y original contribución que aportarán las Repúblicas soberanas que la componen... El punto al que el Congreso ha llevado al país, no es en modo alguno un hecho inesperado o que contradiga la dirección general de la "perestroika". Por el contrario, se ha producido una liberación explosiva de todo el potencial de desarrollo social, económico y nacional que se había acumulado en el curso de la "perestroika". Desde el principio mismo de la «perestroika», nuestra idea madre era confiar en aquel

potencial» (ib., págs. 96-97). El tenor de las palabras denunciaba al utopista y al gran retórico. Era demasiado tarde y desde agosto, humillado, había perdido toda credibilidad y toda posibilidad de poner en realización un nuevo proyecto político.

Gorbachov ha sido el nuevo Kerenski de la impotencia, aunque no lo supiera, en el epílogo de la Revolución. Las Repúblicas europeas con Ucrania a la cabeza se percataron de que la última hora del Imperio panruso había sonado ya y la Gran Rusia, con Yeltsin a su frente, estimaba de otro lado, que la democracia y la economía liberal, exigen una solución rigurosamente nacional rusa, con vínculos meramente asociativos con los demás países de la antigua esfera soviética, limitados a objetivos concretos, que no menoscabaran en absoluto su íntegra soberanía. toda la preocupación de Gorbachov en los últimos momentos de su estrategia del desastre, ha sido que la nueva asociación de las nacionalidades, aunque fuera prácticamente total su independencia, tuviera la mínima entidad pensable de Estado, para mantener bajo control, cuando menos, las fuerzas armadas con el poder atómico y conservar la moneda única. Pero también en esto la «perestroika» ha fracasado y su artífice Gorbachov, como siempre, ha marchado arrastrado por los acontecimientos. Políticamente, el siglo XX que comenzara con la primera guerra europea de 1914 y la revolución bolchevique en la Rusia de 1917, ha terminado, con el fin de la guerra fría frente a la URSS y al cerrarse el ciclo de la revolución comunista rusa. Lo que sigue, el presente, pertenece ya a una nueva época.